

ESPAÑA VISTA POR LEONARDO CASTELLANI

SPAIN SEEN BY LEONARDO CASTELLANI

JUAN MANUEL DE PRADA
Escritor (Madrid)

RESUMEN. Leonardo Castellani es un autor quijotesco que mostró siempre gran interés por la literatura y la historia españolas, vistas como propias. En estas páginas se recorren una buena parte de sus juicios, convenientemente enhebrados.

PALABRAS CLAVE. Leonardo Castellani. Literatura española. Barroco. Francisco Suárez. Don Quijote. Ortega. Unamuno. Generación del 27. Guerra de España.

ABSTRACT. Leonardo Castellani was a quixotic writer who always showed a great interest in Spanish history and literature, seen as if they were their own. This paper explains a good amount of his judgements, exposed in an organic way.

KEY WORDS. Leonardo Castellani. Spanish literature. Baroque. Francisco Suárez. Don Quijote. Ortega. Unamuno. Generation of '27. Spanish civil war.

1. De falsificaciones

En alguna ocasión anterior hemos señalado que, en la consideración que tenemos del gran escritor argentino Leonardo Castellani (1899-1981), pesan en demasía los apriorismos y monomanías de sus exegetas, que han proyectado sobre su figura preocupaciones que no eran exactamente las suyas, o que no eran las suyas en modo alguno, hasta construir un Castellani demediado o deforme, en el que muchos aspectos de su obra quedan por completo omitidos, a la que vez que otros son hipertrofiados de forma por completo abusiva. Así, por ejemplo, se suele caracterizar a Castellani como un detractor inmisericorde de los desvaríos progresistas vaticanosegundones, cuando lo cierto es que tales desvaríos apenas reclamaron su atención, no porque nos los captase, sino porque los consideraba un epifenómeno o corolario natural de otros males mayores, que eran el liberalismo y el modernismo religioso. Esta manía de los exegetas castellanianos ha alcanzado su paroxismo en alguna antología reciente, en donde los artículos del maestro son acompañados, a modo de glosa o apostilla, con ridículas «actualizaciones» que pretenden aplicar las enseñanzas castellanianas a acontecimientos sobrevenidos con posterioridad a la fecha en que fueron escritas, con el aparente propósito de resaltar la clarividencia profética del escritor (pero logrando tan sólo empequeñecerlo, o amoldarlo a las intenciones del antólogo, que a veces incluso lo enmienda). Este procedimiento, de una osadía que empleada con cualquier autor clásico nos resultaría por completo inadmisibile, se ha empleado sin embargo profusamente con Castellani, contribuyendo a su caracterización como un escritor de camarilla.

Entre las más enojosas falsificaciones de Castellani se cuenta, sin duda, la que trata de presentarlo como un ejemplo acabado de la corriente intelectual e ideológica que podríamos denominar «nacionalismo argentino». Pues, aun aceptando que Castellani pueda compartir algunos puntos de vista con dicha escuela, identificarlo con la misma sólo contribuye a su jibarización grotesca. Como todos los escritores auténticamente grandes, Castellani escribe desde su mismidad (de ahí que hiciera suyo aquel lema de Kierkegaard –o Kierkegard, como gustaba de escribir– que afirma que «la subjetividad es la verdad»); y

tratar de enjaular o etiquetar esa personalidad gigantesca con etiquetas enanas constituye una traición crasa a su legado. En ese empeño por «argentinizar» a Castellani (tan superfluo y mentecato como resultaría, por ejemplo, el empeño de «españolizar» a Cervantes) se suele eludir la apabullante influencia que en su obra tiene la tradición hispánica, su profundo conocimiento del «alma española», su interés siempre vivo por la literatura que se escribe en la «madre patria», que alcanza su cúspide en su identificación extrema con don Quijote. Castellani se percibe a sí mismo como una suerte de Quijote redivivo; y toda su obra puede leerse como una plasmación del combate de don Quijote frente a un mundo que lo repudia. Si la personalidad literaria de Castellani nos prende y cautiva es, más allá de sus bondades literarias, porque es una de las más cabales encarnaciones quijotescas que nunca se hayan dado. El propio Castellani era muy consciente de ello: de ahí que hasta tres de sus obras –*El nuevo gobierno de Sancho* (1942), *Su Majestad Dulcinea* (1956) y *Juan XXIII (XXIV): o sea, la resurrección de don Quijote* (1964)– puedan considerarse, ya desde su mismo título, paráfrasis de la obra cervantina; todo lo libérrimas y excéntricas que se desee, como no podía ser de otro modo en un autor de genio intransferible.

Que Castellani conocía al dedillo la novela de Cervantes lo prueba constantemente en su obra, en multitud de citas y observaciones. Y que dicho conocimiento no era puramente erudito, sino medular, se constata en un artículo muy iluminador¹ donde desarrolla la tesis de que el humor español «está más en los caracteres que en los dichos, más en las situaciones que en los caracteres y más en los choques profundos de los principios que en las mismas situaciones»; y que, por ser un humor más trascendente que epidérmico, toca las cuestiones más graves (hasta llegar «al mismo Dios, si a mano viene»). Por supuesto, Castellani considera que la cúspide de ese humor español la representa la novela de Cervantes, a la que dedica unas páginas memorables, en las que resuena, allá al fondo, el magisterio unamuniano:

1. «El humor español», publicado en la revista *Continental*, en mayo de 1953. Luego recogido en *Nueva crítica literaria* (1976).

«*El Quijote* es una obra jocosa en la superficie, pero es humor medular en su concepción, en la invención. Cervantes se autoproclamó –con mucha razón– “en la invención el primero de España”; y es la invención justamente –más que la composición y el estilo– el dominio del genio. La invención de *El Quijote* (esconder detrás de una sátira de los libros de caballería el alma de la historia de Europa, y la escondida alma y motor de Europa y del alma humana) es genial; y hace del libro del manco “la novela más grande del mundo”, la obra maestra del arte de la Contrarreforma; y si se quiere, la alegoría cristiana más importante que se conoce después de las parábolas de Cristo, más profundamente religiosa que *La vida es sueño*. Un místico no tiene más que hacer de Dulcinea figura de la gracia o el amor, como apuntó Unamuno, y Jerónimo del Rey² en su libro inédito –inacabado e inacabable– *Su Majestad Dulcinea*. Porque el humor medular es una forma natural de expresión de la religiosidad. Aunque parezca mentira, la parábola y la paradoja son más religiosas en cierto modo que el silogismo y el sermón. Si yo dijera que *El Quijote* es un libro en cierto modo más religioso que *Los nombres de Cristo*, ¿se reirían de mí? Sí. Pues por eso no lo diré.

En la gran parábola de Cervantes, la sabiduría –que es el ideal, y es nobleza y es vida– ha sido encarnada paradójicamente en un loco; y lo que el mundo llama sabiduría –«la listura de la finitud», que dice Kirkegor– está encarnada humorísticamente en un palurdo. Mas esas dos sabidurías, contrarias según San Pablo, no rompen entre sí ni riñen; vagan por el mundo existencialmente unidas, y el realismo zoquete es forzado a someterse al idealismo destornillado; que loco y todo resulta su amo, e incluso a disciplinarse y darse de azotes por él. Lutero se levantaba en ese tiempo contra las “disciplinas” de los monjes; Cervantes encuentra que las disciplinas están bien, pero en Sancho. Don Quijote

2. Se trata, como es bien sabido, de un seudónimo empleado por Castellani.

lleva en sí una más alta disciplina, la disciplina interior, su fe. Lutero fue un quijote sin sancho, la “fe sin obras”; y eso fue su lástima.

El humor medular de *El Quijote* consiste en que representa plásticamente una de las paradojas del cristianismo, quizá su paradoja fundamental. La fe en efecto no es sino la persecución de un absurdo; quiero decir de una cosa que para la razón pura es sin sentido, aunque no sea contrasentido. La fe sería locura pura si no llevara siempre a las rastras el sentido común. La persecución inalcanzable de Dulcinea, eso es la fe; y Dulcinea existe, aunque no donde el Quijote y nosotros nos imaginamos».

El profundísimo amor que Castellani tributa al *Quijote* discurre paralelo al interés que siempre muestra por la literatura española de su tiempo –muy superior, a nuestro modesto juicio, al que tributó a la literatura inglesa, que sin embargo se ha magnificado hiperbólicamente–, rastreable en multitud de artículos. De *A. M. D. G.*, la novela panfletaria y antijesuítica que Ramón Pérez de Ayala escribió en su juventud dice que se trata de una «novelita pornográficosacrílega sumamente mal hecha»³; y a su autor, que a la sazón desea volver a España tras retractarse de sus ardores republicanos, lo tacha con característico desparpajo de «villanazo con alma de Judas» que, así como «traicionó a sus maestros luego de salir del colegio, así a su patria, a su Dios, o al lucero del alba. Y a sí mismo». No se muestra Castellani mucho más complaciente con Ortega y Gasset, a quien moteja de «pseudo profeta»⁴ (y ya sabemos las connotaciones que debemos atribuir a este calificativo, en la pluma de nuestro autor) en el que «hay mucho que aprender, aunque haya también mucho en qué tropezar». Castellani reconoce que Ortega es «un escritor eximio, un ingenio de admirable riqueza y versatilidad, un europeo de vasta y fina cultura, un buen poeta en prosa, e indudablemente

3. En un artículo recogido en *Nueva crítica literaria*.

4. En el artículo «Ortega y Gasset en la Argentina», publicado originariamente en *Dinámica social*, n. 44, abril de 1954, y posteriormente recogido en *Nueva crítica literaria*.

un eximio sociólogo», pero le niega solidez y profundidad y lo acusa de derramar en su obra –junto a «finísimas observaciones morales y psicológicas, muchas tesis sociológicas verdaderas y demostradas, muchos temas de la filosofía alemana repensados y exquisitamente expresados, pequeños poemas en prosa de intensa vibración lírica, juicios literarios y artísticos acertadísimos y un aire literario de primer orden»– una cantidad ingente de «ortegadas» –o sea, fanfarronerías y disparates– que atribuye a la «extirpación del sentido de lo sacro» que lastra toda su obra; y que Castellani, además, juzga la causa profunda de esa «rebelión de las masas» que el ensayista denuncia en uno de sus títulos más divulgados.

Frente a los desdenes que dedica a Ortega, Castellani no oculta su admiración por Miguel de Unamuno, tal vez porque descubre en él un alma gemela, atribulada y neurótica, en feroz combate con su tiempo y consigo mismo; y, desde luego, porque distingue en él al escritor racial que, aunque «fue primero calvinista de hecho, y después luterano de hecho»⁵, tenía una teología católica, aunque estuviese llena de malezas y laberintos:

«Unamuno es un místico extraviado en la política: he aquí la clave de su pensamiento. Primero concibió la ambición de dirigir la política española (puesto que era el más inteligente de todos los *inteligentuales* españoles) para encaminarla hacia el Cristianismo; puesto que era un gran cristiano –lo cual es indudable. Y en consecuencia se metió en política, candidato anduvo haciendo discursos (porque el intelectual puro cree que la política se hace con discursos), hasta que vino un político verdadero, aunque bárbaro, Primo de Rivera; y en cuanto Unamuno comenzó a estorbar, le dio un golpecito seco que al intelectual lo dejó pulverizado –porque el intelectual puro es demasiado sensible. Ante su fracaso de dirigir la política española hacia el cristianismo, Unamuno se resintió y se fue bruscamente a la antítesis, al otro extremo: de calvinista se volvió luterano

5. «Política y religión», artículo publicado en *Dinámica social*, n. 75, enero de 1957. Luego recogido en *Nueva crítica literaria*.

(en política) y empezó a proclamar ruidosamente que la religión no tiene nada que ver con la política (¿por qué te metiste, entonces?), que el cristianismo no versa más que sobre la salvación del alma (¿por qué desafiar entonces a los militares?) y que el remedio de España no estaba en la Política sino en la Mística. Excelente: hazte pues ermitaño, y no leas más periódicos.

De hecho, el bueno de don Miguel se hizo ermitaño (o lo hicieron a la fuerza), se aquietó y murió en paz y gracia de Dios. Esto resulta claramente de la lectura de los *Ensayos*, período calvinista, y después *La agonía del cristianismo*, período luterano».

Poco después, cuando sepa que el Vaticano ha incluido en el *Index* dos libros de Unamuno –*Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*–, supuestamente por negar «la inmortalidad del alma y la divinidad de Cristo»⁶, Castellani se rebelará con su sorna habitual: «¿Por qué no también la existencia de Dios, ya que estamos en eso? Nunca negó D. Miguel, que yo sepa, la divinidad de Cristo. Si me dijeran Ortega y Gasset, pase; pero D. Miguel, no. Mas si hay alguna cosa que no pudo haber negado Unamuno, puesto que la afirma continuamente en forma incluso exagerada, es la inmortalidad del alma». Y califica acertadamente a Unamuno de «católico embarullado», a diferencia del «ateo» Ortega, a la vez que recuerda –¿se referirá a Arturo Barea, o confusamente piensa que Pérez de Ayala se halla a la sazón en Inglaterra?– que «el más malo de los escritores españoles actuales no está en el *Index*, está en Londres». También califica de malo de solemnidad a Juan Ramón Jiménez, que se le antoja «deca-dente» y «un Bécquer todavía más alfeñicado que el otro, con más imágenes y caireles y menos sentido»⁷, confrontándolo –en una prueba de que las adscripciones ideológicas no enturbian su

6. «Fe de erratas a Visión», artículo publicado en *Dinámica social*, n. 79, mayo de 1957. Luego recogido en la antología a nuestro cuidado *Pluma en ristre*.

7. En el artículo titulado «El bluff literario», recogido en *Nueva crítica literaria*.

genio, o al menos de que profesa menos inquina a los «rojos» que a los liberales, tal vez por ser más racialmente españoles— a Miguel Hernández, a quien considera —junto a Miguel de Unamuno— el gran poeta español del siglo XX:

«La poesía de alfeñique y gasas desteñidas o gaseosas del primero, desmayada, desfalleciente y desvaída, sin sustancia alguna ni humana ni no humana, pegaba a maravilla con un pensionista a vida del Sanatorio Santa Susana; en tanto que los versos robustos, metálicos y hasta agresivos del tísico burgalés⁸, elegías viriles que parecen odas pin-dáricas, casaban al pelo con la vida sana del otro.

Pero así es la vida: al revés. Del muelle y haragán poeta gaditano⁹, cuyo Premio Nobel es uno de los tantos papelones de los suecos —pero, ¿qué más podemos esperar de los suecos?— fue sano y centenario casi; mas el joven levantino, con muerte predicha y días contados, como era español y no budista, produjo realmente poesía española, y gran poesía a secas, no solamente versitos de azucarillo, merengullo, melindres y morondanga. [...]

Ambos son pura música. Pero Jiménez es “música porque sí, música vana / como la vana canción del grillo”, que no es música en puridad, sino compases sueltos. Y el de Alicante es realmente música armoniosa, melodiosa y rítmica, aunque bronca. Los dos dolientes; pero Hernández era doliente de verdad, un trágico, consciente de su destino de cadáver joven, consciente y sereno con una hondura que abisma. Lo que sostiene su música gongorinoconceptista (como la “sustancia” de una sonata de Beethoven) y lo hace realmente música es su tremenda tristeza aceptada».

8. Evidentemente, Miguel Hernández no era burgalés, sino alicantino de Orihuela, como Castellani consigna unas líneas más adelante. Se trata, sin duda, de un *lapsus calami*.

9. Prosigue Castellani con su desbarajuste geográfico, más venial esta vez. Juan Ramón no era gaditano, sino onubense de Moguer, como es bien sabido.

Para Castellani, la poesía de Juan Ramón Jiménez es producto propio del esnobismo, que sabe explotar a las mil maravillas —«porque todos estos afeminados son vivos»—, y un exponente conspicuo de esa «degeneración del arte, e incluso de la razón» propia de una época que «rechaza lo sobrenatural y comienza a corrompérselo hasta lo natural». Una opinión semejante le merecen los poetas del 27 congregados por Gerardo Diego¹⁰ en su célebre antología, de quienes repudia las «novedades» que «arreo no son, sino rarezas; los artilugios verbales, las metaforitas extravagantes, las hernias en los metros...». A Castellani le repugna la poesía que «se viste abigarrado», por considerarla indigna de la tradición española, que siempre ha vestido «de púrpura o de paño pardomate; o anda desnuda»; y cuya grandeza sólo atisba en Ramón de Basterra, Agustín de Foxá, Miguel de Unamuno, Miguel Hernández y pocos más. Los poetas del 27 se le antojan todos inanes; y se burla de las estéticas «pedantes y rimbombantes» que escriben para la antología de Gerardo Diego: «Casi todas son sibilinas, lo mismo que la mayoría de los versos; pero lo que en todos se entiende es que todos se creen de una importancia bárbara. [...] Cuanto menos valen, más se hinchan. ¡Qué pavadas finas y melodiosas dicen! ¡Qué metáforas exquisitas e inútiles! ¡Qué salidas rebuscadas! ¡Y qué vacío adentro! Son simpáticos; pero como niños juguetones o como el idiota del pueblo». A Castellani le duele que España, que «se ha librado de tantos contagios modernos», no se haya librado en cambio de esta decadencia literaria, que no vacila en calificar de «contaminación del Maldito»; y anota con dolor que «ni uno solo de estos poetas se acuerda de Cervantes; todos citan ¡a Mallarmé! Han dado un salto mortal del alfabeto a Mallarmé, sin pasar por Cervantes». Aunque, a la postre, confiesa —en un estrambote muy típico de su temperamento contradictorio— que le habría gustado «haber hecho algunas de estas poesías, y tener la imaginación y la viveza de algunos de estos poetas. Pero para diversión solamente, no para perder la chaveta».

10. En el artículo «De poesía española: solamente para diversión», publicado en *Dinámica Social*, n. 88, febrero de 1958, y luego recogido en *Nueva crítica literaria*.

En otro artículo posterior, escrito cuando Vicente Aleixandre resulte beneficiado por el premio instituido por un célebre dinamitero, Castellani abundará en la misma opinión sobre los poetas del 27, alegando que «muchos de los que hoy son dados por poetas son simplemente esquizofrénicos, lo cual es innegable, mas mi Tío sostenía que eso lo hacía el diablo y, más aún, que era un pequeño triunfo del Maldito sobre Dios, lo cual no puede ser»¹¹. Más interesado se muestra por la obra de Camilo José Cela¹², en especial por su novela *La familia de Pascual Duarte*, cuyo protagonista –al que Gregorio Marañón, en el prólogo, califica de «manso cordero, acorralado y asustado por la vida»– se le antoja un tipo humano –el «bruto con buen fondo»– que ha llegado a conocer en los años que ha pasado en España (años de tribulación, consumidos sobre todo en el «penal de Manresa», el centro donde la Compañía de Jesús lo recluyó antes de expulsarlo de su seno). Un tipo humano en el que «las virtudes son meros atavismos muertos, y la bestialidad es actual y viva, no es potencial»; un tipo humano de «maldad ingenua» que es producto de «nuestra civilización, nuestro progreso, nuestra adelantadísima educación pública» y ante quien «el antiguo Calibán palidece y desaparece».

2. Sobre la decadencia

A Castellani le obsesiona la cuestión de la decadencia española (que, a la postre, se resuelve en la aceptación claudicante de esa civilización corruptora que produce monstruos como Pascual Duarte), a la que dedicará muchas páginas, dispersas por aquí y allá. Quizá el tratamiento más sistemático de este problema lo aborde en *El ruiseñor fusilado (El místico)*, la obra escrita durante su encierro en Manresa y dedicada (siquiera parcialmente) a Jacinto Verdager, a quien considera una víctima más del fariseísmo religioso (pero, profundizando en la figura de Verdager, Caste-

11. «Vicente Aleixandre», artículo recogido en nuestra antología *Pluma en ristre*.

12. «Novela actual española», artículo recogido en nuestra antología *Pluma en ristre*.

llani trata también su propio caso). En esta obra, tan heteróclita como sugestiva, Castellani dedica un soneto *sui generis* a España (a quien «el Destino» ha encomendado «misiones siempre arriba de sus fuerzas», a la vez que ha condenado al hambre, dándole «el hueso sin tocino») que concluye con un apóstrofe feroz, no exento de crítica social:

«Trabaja para el Duque, ahíto y huero,
y mira arriba con furiosos ojos,
donde ve en vez de Dios un avispero...
¡Levántate, oh león, y echa tus piojos!».

A Castellani le preocupa la pobreza que descubre en España, tan fielmente retratada en nuestra novela picaresca; y, para explicarla, desdeña las teorías «materialistas» que otros autores han probado: «Fue el oro de América que deslumbrándola arruinó su industria (Pastor, Papini); fue la expulsión de los moriscos y judíos (Lafuente, Sáenz de los Ríos); fue la absoluta incapacidad para la técnica (F. List); fue la Iglesia católica (Gibbons, Macaulay); fue su inveterada haraganería (Michelet, Montesquieu)». Para Castellani, la pobreza de España es la consecuencia de sus grandes misiones universales «de hueso sin tocino», su «vocación a la virtud de la Esperanza», su «pasión de la religión o del honor –o del honor de la religión–, como en Granada, en Flandes, en Trento, en América». Y, mientras esa pasión unificó su aparente anarquía, el español fue «trabajador, activo e inteligente como el que más», sin importarle su pobreza. Porque la pasión del español –prosigue Castellani– nada tuvo que ver con la avaricia (todos los intentos de mostrar al conquistador español cual bruto sediento de oro se le antojan «filfa protestante»), como prueba el mismo Sancho Panza, quien apenas alcanza el gobierno de la ínsula Barataria «se olvida de su constante preocupación por los reales [...]. ¡Con la oportunidad que tenía para coimear!»; y, desde luego, lo prueba también don Quijote, que «vive borracho del vino del amor y del honor, sin bolsa ni dineros». Mientras la sostuvo la pasión colectiva de la religión, España no fue avariciosa, a juicio de Castellani («A Sicilia, a Nápoles, a Milán, a Flandes, a América, los españoles llevaron más que trajeron, pese a los potosis y las encomiendas. Esa es la verdad»); ni tampoco le

preocupó su pobreza, aunque Castilla estuviese «llena de ascetas, de monjes, de labriegos raigonosos, de segundones sin renta, de pecheros agobiados», porque «el mar que la ciñe [...] la invita más a lanzarse en busca del vellocino de oro a otras partes lejanas que a traficar con Europa, a imitar a Europa y aprender de ella, a bonificar su propio precario territorio con los métodos y los inventos europeos, que no la llenan, que no la llenan». Ha sido la muerte de esa pasión colectiva lo que ha convertido al español en «haragán y fiestero, pasivo y fatalista», precipitándolo en la decadencia. Pero, ¿dónde se halla la raíz de esa decadencia?

A Castellani no le basta con invocar el «aislamiento» que Ramón y Cajal alega en su libro *Método de la investigación científica*, leído con gran aprovechamiento durante su estancia manresana. Tampoco otras teorías sobre la decadencia española de pensadores modernos que invocan razones geográficas o económicas y vicios políticos, o que —como sostuvo Ortega— postulan una «España por naturaleza y sino racial invertibrada», mucho menos las que se derivan de la leyenda negra protestante. Para Castellani debe existir una causa metafísica «que unifique todas esas causas, reales desde luego, pero que en otras naciones no han tenido los mismos efectos», un «factor intelectual que [...] sea la raíz de los otros factores voluntarios y morales». Y esa causa la encuentra en que España «no ha tenido un solo gran filósofo» desde Francisco Suárez. Pues Balmes se le antoja «un pimpollo de gran filósofo marchito, prematuro y sin granar»; a Unamuno lo considera «un gran escritor y robusto pensador; pero su filosofía es un desastre: incoherente y elemental»; y Ortega, en fin, le parece más «un tenor de la filosofía que un filósofo», un «talentoso ensayista doblado de un fino escritor con sus mangas y capirotos (y papillotes) de poeta» cuyo sistema, simplemente, no existe, pues no es más que una «mariposa espléndida y afiligranada» de la filosofía alemana.

El último gran filósofo español habría sido Francisco Suárez. Pero, a juicio de Castellani, se trata de un filósofo por completo descarriado, causante de la decadencia española. Amparándose en el parecer de un conocido suyo de Barcelona, «tomista furioso», a quien sin embargo no nombra, Castellani pone como chupa de dómine al *doctor Eximius*: «Lo que hace al gran filósofo —escribe en *El ruiseñor fusilado*— es su metafísica; lo que le da el tono

es su intuición del ser. Allí donde Santo Tomás ve, Suárez razona; donde el Angélico razona, Suárez discurre, divide, clasifica o ensambla». Y prosigue, embalado, aseverando que a Suárez «le falta la mística, que es el fuego interior y la cumbre de la dogmática, lo que la metafísica es a la filosofía. Él consumó la separación de la dogmática y la mística, y produjo una teología seca, formalista, racionalizante y hasta chabacana; aunque prodigiosamente erudita y no carente de una sólida ortodoxia, bastante *terre à terre*». Para Castellani, la metafísica de Suárez,

«aunque se diga que no es sino la de Santo Tomás puesta al día, es una metafísica cismática del tomismo, compuesta de injertos y ensambles, en que se dan la mano (o más exactamente, se tocan con los pies) Santo Tomás, Escoto, Occam y el mismo Suárez, lo que él llama *moderni*; palabra que ha dado origen al infundio de la “modernidad” de su metafísica. Suárez combina diversas tesis metafísicas, eligiendo la que le va mejor, casi siempre en el sentido del menor esfuerzo, sin ver que a veces son inconciliables entre sí en el fondo: “se dan de patadas”, no se dan las manos. Su metafísica, pues, no es un monolito, no es un orbe iluminado por un solo sol como en Santo Tomás. Es una metafísica “eclectica”, como dicen; es decir, no es metafísica. Falta la luz interior de una peculiar “intuición del ser”, que eso y no otro es una metafísica. [...] Suárez, impuesto por obligación, propagado por su poderosa Orden y vulgarizado por el clero, tiñó de conceptualismo la mente española, y la hizo reacia a las ciencias positivas; y estéril en las especulativas».

La decadencia española, pues, se iniciaría a comienzos del siglo XVII, tesis un tanto extremosa que Castellani profundizará en textos posteriores, después de leer un libro de Carlos Disandro, *Argentina bolchevique* (1963), al que alaba en al menos dos artículos publicados en *Dinámica social*. En dicho libro, Disandro –furibundo detractor de la Compañía de Jesús– se refiere a lo que llama «religiosidad barroca» española, concepto que Castellani adopta para entreverarlo con uno de sus asuntos preferidos y más recurrentes, el del fariseísmo religioso (al que

atribuía, amén de su desgracia personal, muchas de las calamidades que afligen a la Iglesia). En consonancia con Disandro, Castellani afirma que «la religión se falseó un poco en España desde el siglo XVII en adelante»¹³, deviniendo más fachadista y política (más farisaica, en suma), pues siempre que «se afianza con demasía en el brazo secular, la religión corre gran peligro». Para ilustrar esta corrupción religiosa, Castellani analiza el teatro de Calderón, en el que advierte que «la moral de Cristo está en el fondo; pero falseada por bárbaros prejuicios godos». Como al propio Menéndez Pelayo (a quien, sin embargo, no cita en esta ocasión), a Castellani le parece que «reparar el honor con asesinatos es de lo más contra de toda costumbre cristiana; y parece haber sido de veras costumbre en España. [...] Esto sería el catolicismo barroco». Y prosigue su diatriba antic Calderoniana arremetiendo contra sus vidas de santos teatralizadas, que se le antojan «miraculeras, mitológicas y aun supersticiosas» por propender «a la identificación exclusiva y casi judaica de España con el catolicismo ecuménico» y estar trufadas de «secas moralidades» que alcanzan su apogeo en los autos sacramentales, «que por hermosos que sean algunos, muestran esa abstractización de lo religioso señalada por Disandro»¹⁴. No niega Castellani grandeza literaria ni teológica al teatro de Calderón, ni tampoco a la religiosidad española de la época («el que tuvo, retuvo»); pero, picajoso, no le perdona el «prejuicio bárbaro» del honor conyugal y considera que su intento de «llevar la Biblia al pueblo es un cuento chino por donde se lo mire: no es la Biblia lo que entra en España, sino España la que se adorna por de fuera con ropajes bíblicos. Por lo demás, eso no iba al pueblo; quienes acudían a la comedia eran las élites cortesanas de las grandes ciudades». En lo que se confunde de cabo a rabo, pues tanto las comedias de nuestro Siglo de Oro como –muy especialmente– los autos sacramen-

13. «La decadencia de España a través de tres siglos de literatura», artículo publicado en *Dinámica social*, n. 142, marzo-mayo de 1963, y después recogido en *Nueva crítica literaria*.

14. «La Argentina bolchevique», artículo publicado en *Dinámica social*, n. 144, agosto-septiembre de 1963, luego recogido en *Nueva crítica literaria*.

tales estaban destinados lo mismo a esas «élites» que al vulgo, que con las comedias obtenía gran regocijo y con los autos sacramentales edificación constante.

Esta radicalidad un tanto desnortada de Castellani –al que en este caso pueden los apriorismos, hasta el extremo de nublar su conocimiento de la España de la época– se debe, como ya hemos señalado, a su obsesión por endosarnos su consabida execración del fariseísmo religioso: «Convengo –escribe– en que no existe gran arte si no es vinculado a una religión, y ocupado en su revestimiento; o sea, en fabricarle una “mitología”, en el sentido de imaginería; pero allí está el peligro de “la caída de una mística en política”, como llamó Péguy a ese fenómeno de esclerosis por el cual la religión desciende un escalón; como es por ejemplo el fenómeno actual de intentar “proletarizar” la religión inmergiéndola en las masas con el fin de salvar las masas; y con el resultado probable de masificar la religión». Pero ese fenómeno de «proletarizar» la religión que atinadamente denuncia Castellani nada tiene que ver con las intenciones del teatro barroco español, que tal vez fuese –como denuncia– «propaganda hecha en serie y a veces sin grandes escrúpulos de veracidad» histórica, pero al fin *propaganda fidei*, con sus naturales concesiones al gusto popular. Que en este caso es un gusto propenso a las exageraciones y las truculencias, como por otro lado no podía ser de otro modo; pues el barroco es tensión –drama– entre nuestro destino sobrenatural y nuestras taras humanas, sobrevenidas tras el pecado original, como ya hemos explicado en otra parte. Resulta, en verdad, sorprendente que Castellani –siendo escritor tan desafortunadamente dramático– no perciba esta tensión tan notoria y constitutiva del arte barroco.

Por restar severidad a sus juicios, Castellani apostilla –de forma un tanto incongruente o absurda– que «personalmente» cree que España ha salido «ahora» (escribe en los años sesenta) de esa decadencia, pues considera que «el actual experimento español es el eje –y la equis– del destino futuro de Europa». Una referencia benigna a la dictadura franquista, a la que en cambio creemos que podría haber dedicado con mayor propiedad las atribuciones farisaicas que destina al teatro barroco. Aunque, por no mancharse de excesivo optimismo, Castellani –genio y figura– afirma a continuación que España «no se ha librado de los rastros

y resabios» de esa decadencia, como probaría la entronización de Julián Marías, «ese diletante simpático con tendencias intelectuales averiadas», al que la España franquista tiene por «filósofo», aunque sea «menos filósofo por cierto –y esto es mucho decir– que su maestro, el “sofista honrado” y preclaro “ensayista” Ortega y Gasset». La entronización de este diletante simpático probaría, a juicio de Castellani –siempre fiel a sus fobias–, que España «no habría salido todavía de la sombra de Francisco Suárez», que considera sumamente dañina.

La época en que España habría alcanzado su esplendor sería, pues, la monarquía cristiana de finales del siglo XV y del siglo XVI (los reinados, pues, de los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II). Una época durante la cual «la Iglesia había desinfectado el ejercicio del poder, como desinfectó con el matrimonio la otra concupiscencia. O, mejor dicho, es la misma concupiscencia quizás; o sea, el desplazamiento del punto de gravedad del amor en el hombre hacia el Sí mismo, cuerpo y alma, en lugar de lo que está arriba del hombre»¹⁵. Aquella monarquía tenía «cuatro topes políticos, que eran al mismo tiempo sus columnas: los Gremios, que tenían el dinero; la Universidad, que tenía el saber [...]; la Magistratura, que tenía las leyes; y la Iglesia, el poder espiritual». Y era una monarquía en la que «el mandatario supremo venía al trono con la naturalidad de la fruta al árbol a su tiempo»; y, si era malvado, «existían medios de sacarlo, no siempre suaves». Aunque, por lo general, no sólo no era malvado, sino que protegía al pueblo de las injusticias de los poderosos, permitiéndole «llegar hasta el Rey por una ramificación de canales naturales»; pues el Rey estaba «unido por una red de arterias y vasos capilares al cuerpo de la nación». Que es, precisamente, lo que se muestra paladinamente en obras señeras del teatro barroco español como *Fuenteovejuna*, de Lope, o *El alcalde de Zalamea*, de Calderón, ese autor tan denostado por Castellani. Quien, como todo escritor de auténtico genio, está habitado de flagrantes contradicciones.

15. «La pseudodemogresca liberal», artículo publicado en *Tribuna*, 13 de junio de 1962, luego recogido en *Nueva crítica literaria* y en nuestra antología *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*.

Esta monarquía cristiana, que para Castellani era el ejemplo de auténtica democracia, «malgrado pecados y crímenes hizo las Catedrales y las Epopeyas, tanto las escritas como las tácitas»; y «cuando eso cayó, Europa debilitada se puso a tejer –o des-tejer– el sistema ideal de la Razón Adulta o “Iluminada”, con el libro de un renegado neurótico [entendemos que se refiere a Rousseau] como guía». Y esta monarquía cristiana es la que logró, como también afirma Castellani en otro lugar, que en América se vivieran «tres o cuatro siglos de completa paz, progreso civil y contento popular»¹⁶; para después, apenas conseguida la independencia, verse los americanos «envueltos en torbellinos de guerras civiles», pues «no hay en el mundo países que con más propiedad sean uno que estos trozos de la católica Capitanía». ¿Y por qué en la América hispánica (como, por lo demás, ocurriría en la España peninsular) se suceden las asonadas, revoluciones, pronunciamientos, dictaduras militares y guerras civiles, y por consiguiente el atraso?, se pregunta Castellani. Porque –responde, citando o parafraseando a Aldous Huxley– «la historia subsiguiente a la mentada Independencia es la historia de hombres con una tradicional cultura acomodada a un tal sistema político [la monarquía cristiana], empeñados en implantar otro sistema de régimen político, prestado de afuera; y fracasando siempre en su empeño, porque el nuevo sistema prestado del extranjero no puede ser puesto en obra sino por gentes educadas en una del todo diversa cultura existencial».

Para defender esa «cultura existencial» existió la Inquisición española, según Castellani sostiene en un pasaje nada contemporizador de *El Evangelio de Jesucristo*. Su actividad no fue sino «una defensa contra una invasión extranjera, un caso de defensa propia y de instinto de conservación colectivo» contra el «protestantismo alemán del pavote de Lutero, que no tenía nada que hacer en España». Por supuesto, Castellani no niega que la Inquisición pudiera cometer abusos y errores, pues «tuvo una clara y simple –elemental– razón política» y «la política es siempre un poco sucia, o mucho»; pero estos abusos y errores «jamás impedirán que en el fondo haya tenido razón». Puesto a buscar

16. «Encrucijada», artículo publicado en *Este tiempo*, n. 12, 1968, y recogido en nuestra antología *Pluma en ristre*.

abusos crasos a la Inquisición española, Castellani sólo los halla en «el proceso del arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza», que ha leído en los *Heterodoxos*; y que, a diferencia de Menéndez Pelayo, considera «una barbaridad de Felipe II y una debilidad del Vaticano; pero al lado de las barbaridades protestantes que en ese mismo tiempo hacían Isabel en Inglaterra, Calvino en Ginebra y Gustavo Adolfo en Alemania, la barbaridad del pobre “Demonio del Mediodía” desaparece como una astilla en un horno ardiente». Y, aunque mirada desde el ángulo religioso le parece una abominación, desde el ángulo político «parece que es comprensible, si aprobable no» (pues Castellani siempre consideró a Carranza, como a Santa Juana de Arco, una víctima del fariseísmo religioso).

3. De la guerra y sus secuelas

Para Castellani, la Inquisición española «realizó la unidad religiosa en España –la cual es un gran bien de orden político–, pero le dejó en herencia la más espantosa de las guerras civiles». Una afirmación que establece una línea de continuidad entre el protestantismo del «pavote» de Lutero y el liberalismo que se empieza a imponer en el siglo XIX; así como entre la monarquía cristiana y el carlismo. Tesis que luego reiterará en una anotación: «Al conectar el catolicismo barroco español con la última guerra carlista me atrevo demasiado, como me arguyó un gran religioso español residente en Roma, que después me felicitó». Esta conexión con la causa carlista no la hace Castellani extensiva a la guerra española del 36, sobre la que escribirá –mientras aún resuenan las bombas– un extenso y magnífico artículo¹⁷ que no gusta demasiado a quienes gustan de amputar al maestro. Para Castellani, la llamada Guerra Civil española tiene sin duda causas religiosas; pero se niega a calificarla de «cruzada», porque cree que la causa que defiende el bando «nacional» está contami-

17. «Sobre tres modos católicos de ver la guerra española», publicado en *Criterio*, n. 502, 14 de octubre de 1937, luego recogido en *Las ideas de mi tío el cura* y en nuestra antología *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*.

nada por motivos *non sanctos*. Desde luego, desde un punto de vista meramente humano, Castellani desea que «venza Franco pronto –lo mejor, cuando Dios quiera», pues «la pura y simple humanidad del hombre le impone que al ver dos riñendo desee que uno gane, aunque no sea sino por amor de la paz o de las situaciones claras; y que no gane el peor». Para Castellani, Franco no es el peor, pues en el otro bando milita «la bestialidad» y en el suyo al menos hay disciplina, «aunque sea la disciplina de un “militarote”, como dicen los irigoyenistas». Esa disciplina no es, desde luego, el «supremo bien social; pero con ella se puede ir más adelante, sin ella a ninguna parte»; y, además, en el otro bando se han desatado los «satanes bajos».

Pero a este «modo humano» de contemplar la guerra del 36, Castellani añade luego una «raíz» de injusticia social. Y, aunque abriga la esperanza de que la sangre de los mártires sirva para sanar las heridas de dicha injusticia, Castellani precisa muy incisivamente que dicha sangre se derrama «por Dios y no por Juan March»; frase que indudablemente contiene un muy serio reparo a la causa que capitanea el general Franco. Y todavía añade:

«Pero yo tengo también una certeza: que toda esa sangre de cristianas venas (porque también marxistas españoles tienen sangre –y quizá algunos alma– de bautizados) ha sido reclamada ante Dios por una gran pirámide de pecados previos contra el pobre –de pecados contra el hermano, de pecados contra el débil, de pecados contra el niño, de pecados contra Dios. De pecados éstos que dice la Escritura claman al cielo. Y no me parece imposible que en esa mole de pecados que ahora se lava en sangre estuviesen también representados algunos de los que hora más vociferan: “¡Guerra santa, guerra santa, guerra santa!”.

[...] El Materialismo Histórico es falso como ley general de la historia; pero es un hecho histórico como ley de nuestra época desquijarrada, con su hipertrofia de lo económico. La economía podrá no ser de suyo la forma total especificante de todo el proceso histórico; pero es de él la causa material; y la locura de nuestra época fue elevarla con el Liberalismo Económico a causa directriz subvirtiendo las

humanas jerarquías, y pecando contra la naturaleza. Que lo que es por naturaleza inferior sea sobrepuesto y rija a lo que es naturalmente superior (un necio hecho presidente, un ciego hecho piloto, el comerciante mandando al pensador o al guerrero) dice Sto. Tomás que es “*peccatum in móribus et monstrum in natura*”, en lo moral constituye el pecado, en lo natural algo monstruoso. Esas monstruosidades se pagan caras. Y los efectos de esas monstruosidades, encarnados en vastas marejadas colectivas, que tienen algo de ciego determinismo de las fuerzas cósmicas, no se atajan con “*Bridges de caridad en pro de las Obras de las Hijas de María Inmaculada*” o con “*Ballets de Beneficencia de las exquisitas damas de nuestra aristocracia (des)vestidas de negro en honor y pro del Patronato de Leprosos*”».

Castellani, como vemos, es muy consciente de que en el bando «nacional» militan muchos liberales que, bajo una hojarasca de santurroneñas sobrevenidas, ocultan pacados contra los pobres que claman al cielo; y tal vez intuya que de esos pecados son partícipes las jerarquías eclesiásticas, que al abrazar en el siglo XIX la causa liberal (o siquiera transigir con ella) han perdido en buena medida el apoyo de la «gente humilde». Y así lo sostiene al añadir a los dos modos católicos de ver la guerra española hasta entonces expuestos un tercero de naturaleza estrictamente teológica. Castellani se pregunta «por qué una parte grande del pueblo pobre de España se puso de golpe a odiar a Dios, sañudamente a querer destruir a Dios, es decir los sacerdotes, monjas, templos, cálices, crucifijos, imágenes; las imágenes terrenas de Dios». No le basta con que se diga que «los rusos [los comunistas] se lo enseñaron», ni que a los rusos los inspire Satán; sino que considera –en este caso con pleno acierto, a nuestro modesto juicio– que, si esa «gente humilde» de repente no quiso «saber más con los curas», es porque la Iglesia se había contaminado antes de fariseísmo, ese fenómeno de «esclerotización de lo religioso» que tiene muchas formas y grados: «Desde la imperceptible desecación y vuelta a lo exterior que es su comienzo [...] hasta la odiosa y criminosa hipocresía –mezcla de orgullo, ambición, avari-

cia, mentira, impiedad, dureza— contra quien tuvo que luchar Cristo y ha quedado burilada en acero para siempre en las páginas del Evangelio». Y, guste más o menos que se recuerde, lo cierto es que las jerarquías católicas, a cambio de unas migajas, cometieron farisaicamente la indignidad de reconocer a Isabel, reina de los burgueses liberales que habían despojado a la Iglesia de todas sus propiedades y derechos históricos para enriquecerse; y que instauraron formas de vida contrarias a una política cristiana que llenaron de resentimiento a mucha «gente humilde», que así se convertiría en pasto de ideologías anticristianas. Pues, entretanto los liberales, viendo que las jerarquías eclesiásticas se habían rendido penosamente —a cambio de la asignación presupuestaria que todavía hoy sigue esclavizándolas—, se dedicaron a construir esa gran «pirámide de pecados contra el pobre» que denuncia Castellani con majestuosa clarividencia.

Casi veinte años después, cuando tenga que enjuiciar la dictadura instaurada por Franco, Castellani ofrecerá una opinión moderadamente positiva, aunque en modo alguno encomiástica. Reconoce que, durante su estancia en España, habló con mucha «gente humilde» y apenas encontró a nadie «que no estuviese conforme con Franco, al menos de labios afuera y al menos como mal menor», salvo «un catalán separatista, que me pareció despotricaba un poco de lujo»¹⁸. Y aventura que «los españoles tienen que ser gobernados por una dictadura, por la razón (circunstancial o esencial, no me meto) de que son ingobernables de otro modo», según la teoría formulada por Donoso Cortés, que enseñaba a elegir entre la dictadura del sable o la dictadura del puñal. Castellani juzga a Franco «un sable honrado», desde luego mucho mejor que Prim o Espartero, que conviene a los españoles, pues «todo ser hispánico necesita una disciplina bien fija»; pero observa que las exaltaciones acerca del «gobierno absoluto» que escuchó y leyó en España «pueden quizá disimular un grave equívoco», confundiendo y mistificando la monarquía de los Reyes Católicos —«que no era

18. «Europa, la vieja maestra», artículo publicado en *Dinámica Social*, n. 24, noviembre-diciembre de 1956, recogido después en nuestra antología *Pluma en ristre*.

absoluta en absoluto», precisa— «con las dictaduras modernas, que son una cosa distinta: es decir, modernas» y, por ello mismo, propias de un mundo que ha dejado de ser católico. «De manera —concluye Castellani— que el generalísimo Franco no es Fernando. Creo que personalmente es más honrado y mejor hombre que Fernando de Aragón; pero como generalísimo, nones».

A pesar de ello, Castellani reitera —acaso hiperbólicamente— que la España de Franco «representa en estos momentos un experimento del más tremendo interés». Y que de dicho experimento «depende nada menos que la posibilidad de la famosa conversión de Europa [...] o lo contrario»; atreviéndose, incluso, a aventurar que «de que España caiga o bien se levante, depende nada menos que la proximidad o el alejamiento del Gran despelote, que los teólogos llaman Parusía». Hoy ya sabemos que España ha caído; y los signos de ese Gran despelote se multiplican por doquier, pero mucho nos tememos que aún España (y con ella el mundo) tendrá que sufrir dolores atroces, antes de que Cristo vuelva (y ojalá sea pronto). Pero que el experimento español fuese promisorio no ciega tanto a Castellani como para no advertir que la cultura española está en manos de «diletantes simpáticos» como el mencionado Julián Marías, o de «españoles imperiales» como José Luis Aranguren que, «cuando defienden la fe (su fe imperial de ellos) se les hace el campo orégano»¹⁹ y escriben unas patochadas magnas. Castellani tiene la sagacidad de detectar que Aranguren carece de buena teología y presenta como tal un «senequismo» que se atreve a definir el «talante católico» como una «concepción serena, devota y alegre de consagración a Dios, a través de la Iglesia que alivia su carga a los fieles de las varias maneras que ya conocemos; y, en plano laico, el sano esparcimiento con las cosas del mundo percibidas como *vestigia Dei*». A Castellani este «sano esparcimiento» le huele a chamusquina y aventura que este Aranguren tal vez sea «de la estirpe de los que encarcelaron a fray Luis de León y procesaron hasta la muerte al arzobispo Carranza». Seguramente lo fuese en su juventud;

19. «Religión y lógica en Aranguren», artículo publicado en *Dinámica social*, n. 38, octubre de 1953, y después recogido en nuestra antología *Pluma en ristre*.

aunque luego, cuando le convino, dejaría de serlo, apenas vio que el «experimento» franquista no le convenía demasiado, para subirse al carro que veía venir de lejos (el carro que el franquismo, por cierto, había metido dentro de sus murallas, cual nuevo caballo de Troya).

Con todas sus gangrenas y miserias, Castellani consideraba sin embargo que el destino de la América hispana era, «por amor o por necesidad», unirse a España, «madre de América durante un tiempo y ahora por lo menos hermana mayor»²⁰. Y, refiriéndose en concreto a la Argentina, añadía que tendría que elegir –puesto que la *splendid isolation* no era para ella– entre los Estados Unidos, a los que llama sarcásticamente «el Buen Vecino del Norte, por estar en la misma geografía», o bien hacia España, «por estar en la misma Historia, sin dejar de aspirar a estar bien con todos en lo posible». En cambio, volverse hacia todas las naciones a la vez no le parece posible, «a no ser convirtiéndose en veleta», error cometido por los «padres» de la nación argentina, que se asimilaron culturalmente a Francia, mientras «en lo económico obedecían mansamente a Inglaterra». Una elección –entre Estados Unidos y España– que a Castellani no le plantea ningún dilema, pues «es mucho más ser hermana o madre que buen vecino».

El dilema real se plantea cuando uno constata que España, a la postre, se ha dedicado a obedecer mansamente a los Estados Unidos. Y es que la tragedia de los indisciplinados españoles es que, siendo tan buenos vasallos cuando encuentran un buen señor, pueden terminar sometiéndose a cualquier demagogo cuando se apartan del Señor. Sobre el abnegado vasallaje español, en su versión más exagerada y pintureramente papólatra, narra Leonardo Castellani en *El Evangelio de Jesucristo* una desternillante anécdota –al parecer, leída a Agustín de Foxá– que, si no es vera, desde luego está maravillosamente traída: «El general Yagüe fue recibido en audiencia por el Papa Pío XII, el cual comenzó a decirle: “Sí, a propósito

20. «Sobre la Hispanidad», artículo publicado en *Cabildo*, n. 555, 23 de abril de 1944, recogido en nuestra antología *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*.

de la república española, mi antecesor quizá al principio no vio claro...”. A lo que el militar español cortó diciendo: “¡Basta! ¡El Papa es infalible! ¡No permito a Su Santidad que piense que su antecesor se ha equivocado!”». Castellani, sin duda, sabía reconocerse en esa estirpe; y también reírse eutrapélicamente de sus excesos.